

NOTICIAS DE NINGUNA PARTE¹

Desde el final de la Guerra Fría, a menudo la publicación de estudios que ofrecen un reconocimiento del terreno geopolítico fácil de seguir para los planificadores y expertos de Washington DC suscita controversias en torno a la futura dirección del arte de gobernar estadounidense. La década de 1990 fue quizá especialmente propicia para meditar sobre los actuales acontecimientos a través de categorías históricas y civilizatorias de una era imperial anterior. Pero a pesar del número de esfuerzos para formular una estrategia grandiosa para una nueva era de operaciones policiales contra el terrorismo y sus partidarios, la fijación después del 11-S en las fuerzas «asimétricas» no se prestaba fácilmente a los términos de este género más antiguo, de acuerdo con el cual la historia del mundo es una eterna lucha de las grandes potencias por el *Lebensraum* y el prestigio. Ni siquiera la Guerra Fría, más equilibrada, se enmarcó de este modo, ya que las agendas ideológicas universalistas de los dos bloques relegaron de hecho a los márgenes el lenguaje de la *Machtpolitik* tradicional.

El problema clásico de la geopolítica a comienzos del siglo xx era si la época de las disputas internacionales entre Reino Unido, Francia, Alemania, Rusia, Estados Unidos y quizá también Japón acabaría cediendo el paso a la unificación o –por el contrario– a la descomposición de la civilización capitalista en zonas imperiales antagónicas. La realización de este asunto dependía de lo que Lenin denominaba guerra interimperialista. En ausencia de este monumental contexto, la retórica actual de lo geopolítico puede considerarse simplemente una de las muchas formas de anacronismo posmoderno. Dichas regresiones son ahora un rasgo familiar de nuestra coyuntura político-ideológica, y han llegado a poseer su propia lógica subhistórica y longevidades indefinidamente ampliadas. Tras la restauración hace 30 años del capitalismo del *laissez faire*, acompañada por un inverosímil «retorno de lo sagrado», ¿quién podría dudar razonablemente de que pudiera reinstaurarse el escenario del Gran Juego como telón de fondo panorámico de las relaciones internacionales? La reciente

¹ Parag Khanna, *The Second World. Empires and Influence in the New Global Order*, Londres y Nueva York, Allen Lane, 2008, 466 pp.

deflación de la confianza estadounidense, en medio de contratiempos en la política exterior y creciente turbulencia económica, puede ocasionar otra ronda de publicaciones sobre «el ascenso y la caída de los imperios». Pero quizá en esta fase todavía inicial de retroceso y estanflación el mercado de las ideas geopolíticas no esté aún listo para la condena spengleriana, e inicialmente sólo contemple el relanzamiento de algunos de los grandes temas de la década anterior —el ascenso de China, la decadencia de Rusia, el futuro de la Unión Europea— y, por supuesto, la durante mucho tiempo esperada ampliación del Consejo de Seguridad para incluir a India, Brasil y Japón.

The Second World de Parag Khanna es uno de los probablemente muchos intentos de esbozar las características de la próxima era de relaciones internacionales «postunilaterales». El currículum de este joven intelectual de la política es una lista de logros académicos y diplomáticos de perfil elevado. Khanna es director de Global Governance Initiative en la New America Foundation. El año pasado, fue empleado como alto asesor político de las Fuerzas de Operaciones Especiales de Estados Unidos en Iraq y Afganistán. De 2002 a 2005 fue Global Governance Fellow en la Brookings Institution. Entre 2000 y 2002 trabajó en el Foro Económico Mundial (FEM) de Ginebra, donde se especializó en planeamiento de supuestos y riesgos. Antes de unirse al FEM, fue investigador asociado en el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York. Nacido en 1977 en Kanpur, se graduó en Georgetown y tiene un máster en Estudios sobre Seguridad por esa universidad; en la actualidad prepara la tesis doctoral sobre relaciones internacionales en la London School of Economics.

El mismo periódico que publica las meditaciones de Thomas Friedman sobre política exterior ha concedido a *The Second World* el codiciado premio a la «Idea del Año», aunque las observaciones de Khanna están en gran medida libres de sus desgracias al estilo Pollyanna. Desde una perspectiva más desengañada y cosmopolita, Khanna les dice a los estadounidenses que necesitan actuar juntos, o afrontar una decadencia punitiva. Menos endeudado con las cortesías de la correspondencia exterior políticamente correcta, echa una ojeada más dura, más naipauleana, a la corrupción y a la sordidez de las naciones del «Segundo Mundo», si bien de manera bastante selectiva. Los límites del libro no son sólo estilísticos. De hecho —pese al *NYT*—, ni siquiera está claro cuál es la idea principal del libro. Aunque ha sido elogiado por profetizar el ascendiente del Segundo Mundo, empieza de hecho con una afirmación que de manera verosímil podría entenderse que comporta exactamente lo opuesto. «Lo grande ha vuelto, las fuerzas dominantes en esta era son los imperios»; una afirmación «pasada de moda», de acuerdo con Khanna (lo cual es literalmente cierto, aunque sólo sea porque dichas ideas estaban en su momento culminante hace aproximadamente cinco años). De hecho, la siguiente observación retorcida deja claro que para el autor la historia ha sido y sigue siendo una interminable saga geopolítica sobre el ascenso y la caída de los imperios:

Durante miles de años, los imperios han sido las entidades políticas más poderosas del mundo, y su yugo imperial impidió a las naciones subyugadas que lucharan entre sí y cumplió así el eterno deseo que la población tiene de orden: el requisito previo para la estabilidad y para una democracia significativa.

La referencia a que la democracia arraiga bajo la protección del imperio sugiere que Khanna podría inicialmente haberse dispuesto a escribir un libro con una tesis completamente distinta, e incluso un título distinto, y verse obligado a cambiar de rumbo a mitad de camino a medida que se acumulaban las pruebas de los fracasos estadounidenses. La lección básica de Khanna es que el Estados Unidos wilsoniano y farisaico no ha aprendido aún la dialéctica de la geopolítica y la globalización: dos fuerzas que, como él explica al principio, se han encargado de modelar la historia contemporánea. ¿Cómo se despliega, entonces, esta dialéctica de acuerdo con el autor? «La globalización siempre ha avanzado y retrocedido a lomos de los imperios»; las dos tendencias funcionan juntas, por lo tanto. Pero no, Khanna sostiene que la globalización es un relato lineal y progresivo, mientras que la geopolítica imperial es un ciclo interminable, y sólo la primera puede salvarnos de los *ricorsi* de la segunda: «A día de hoy, sólo ha emergido una fuerza capaz de parar las ruedas cíclicas del conflicto planetario: la globalización». ¿Cuál es, entonces, la naturaleza de esta globalización que podría parar o, por el contrario, engrasar las ruedas de la geopolítica? ¿Está regida por los mercados, la inmigración, la tecnología o una combinación de todos ellos? El lector sólo descubre que está aquí para siempre. «La cuestión no es si la globalización se mantendrá, sólo en qué medida». Pero si se reflexiona, ¿es cierto que la globalización prevalecerá contra cualquier obstáculo? Después de todo, como los imperios, también la globalización «ha avanzado y retrocedido a lo largo de la historia», aunque, sin duda «hoy es más amplia y profunda que nunca». En resumen, el lector no distinguirá una relación determinada entre estas dos «líneas de tendencia».

Tras este brote de confusión preliminar, *The Second World* introduce la afirmación de que el próximo periodo se definirá por el rumbo de las relaciones interimperiales dentro del Primer Mundo, no –por repetirlo– por un ascenso del Segundo. El núcleo geopolítico del sistema mundial consta de Estados Unidos, la UE y China, cada uno persiguiendo sus objetivos con un enfoque diplomático específico, correspondiente a concepciones de legitimidad opuestas: el bilateralismo y las coaliciones de voluntarios estadounidenses; los criterios de consenso transparentes y el ascenso de Europa, y la distante y cortés tradición de consulta china.

Las reflexiones de Khanna se dirigen, primero y ante todo, a los lectores estadounidenses interesados por la política exterior y, en segundo lugar, a sus homólogos de otras capitales occidentales. China es el enemigo, y el libro no ofrece directrices a sus gobernantes o a su población. (Si bien puede atraer lectores también allí, aunque sólo sea debido al cumplido equívoco de haber elevado a la RPCh a las filas del Primer Mundo; después de todo, en Teherán consideran a Huntington una autoridad en po-

lítica mundial.) El lema del libro es que Estados Unidos tiene mucho que aprender de Europa en la forma de llevar los asuntos internacionales. ¿Y quién podría dudar de que hoy la zanahoria europea prevalece sobre el palo yanqui, cuando se compara el destino de Iraq con el de, pongamos, Chipre? En opinión de Khanna, la torpeza ya le ha costado a Estados Unidos aliados tan firmes como Reino Unido y Japón; aunque quizá a este respecto el autor pudiera admitir que esto es exagerar. En todo caso, el problema inmediato al que se enfrentan los planificadores estadounidenses es cómo reajustar su poder antes de que la deriva y la decadencia se cobren su irreparable precio. ¿Podrá Estados Unidos encontrar su camino en un nuevo mundo multilateral y poshegemónico? Se convoca al propio Kissinger para admitir que «la fuerza podría conquistar el mundo, pero no puede legitimarse a sí misma».

En sus varios intentos de utilizar un duro lenguaje de poder, Khanna parece a menudo copiar el tono de este viejo estadista nacionalizado estadounidense, que verdaderamente supo cómo actuar como actor independiente. Ciertamente, le dedica poco tiempo a la diferencia entre regímenes políticos e ideologías: «La ideología más atractiva del mundo no es la democracia, ni el capitalismo, ni ningún ismo, sino el éxito». Y de hecho, esta verdad elemental es el faro guía de todos los juicios del autor sobre el destino de los pueblos en la era de la globalización y la geopolítica. ¿Cuáles serán, entonces, las causas de conflicto en los próximos enfrentamientos por el poder mundial? A pesar de que supuestamente hay tres contendientes imperiales, no se insinúa siquiera que Estados Unidos y la UE pudieran llegar a enfrentarse en algún momento. De hecho, Khanna sostiene repetidamente que Estados Unidos necesita aliarse con la UE para enfrentarse a China, el sol naciente de una nueva era del Pacífico. Mientras que Estados Unidos está en decadencia, una UE en expansión tal vez pudiera seguir deteniendo los vectores orientalizantes de la historia mundial. Como indicio de la perdurable unidad de la civilización euro-estadounidense, el autor hunde periódicamente su Primer Mundo tripartito en una oposición directa entre Occidente y China.

Las descripciones de esta oposición –aunque no uniformemente negativas– caen en ocasiones en una especie de lenguaje sobre el peligro amarillo propio de otra época. La política familiar del hijo único, se nos dice, está obligando a este industrioso pueblo a buscar esposa en el extranjero, levantando el espectro de una «raza china mestiza». La impetuosa expansión económica de esta nación de mil doscientos cincuenta millones de habitantes la obliga a hacerse con las materias primas y verter sus mercancías en mercados extranjeros desprotegidos, expoliando y saqueando todo lo que se le pone por delante. Ante esta horda de comerciantes, colonos y capitalistas estatales, Occidente, en opinión de Khanna, puede ahora presentarse de manera creíble como un protector benévolo del mundo poscolonial.

¿Cómo se explica esta expansión incesante? Khanna no parece poseer el conocimiento de la historia moderna china que pudiera permitirle siquie-

ra conjeturar al respecto. De su análisis sólo se puede inferir que el gobierno comunista no hizo sino retrasar el momento de producirse este ascendente oriental, porque, después de todo, «Sun Yat-sen elevó explícitamente a China a los ideales de la Ilustración, y Chiang Kai-Shek, su sucesor en la jefatura del Kuomintang, presidió un florecimiento de la libertad económica y cultural hasta 1940». Dado que no hay un verdadero conflicto geopolítico entre Estados Unidos y Europa, quizá Khanna presume que cuando China sea suficientemente rica como para poder permitirse la democracia, hacia 2050, también entrará en el comité de imperios pacificados y la era de la geopolítica llegará a su fin. Mientras tanto, advierte que tal vez pronto se apaguen las luces, porque otra época de guerras mundiales acecha en el horizonte debido a antagonismos inespecíficos e irreconciliables: «¿Qué puede prevenir, si ello es en verdad posible, la Tercera Guerra Mundial en un mundo de superpotencias que tienen a su disposición visiones del mundo, motivaciones y formas de poder tan drásticamente diferentes?».

Los diversos países del Segundo Mundo se convertirán en las verdaderas presas en las próximas luchas entre los imperios por esferas de influencia. Pero ni siquiera esta afirmación se desarrolla adecuadamente en el conjunto del libro, que vaga sin rumbo hacia un grueso relato de viajes, cuyo motivo más congruente es la alarma ante las más mínimas señales de interferencia china. En un anuncio promocional, Khanna explica cómo usa el término y por qué es fundamental para entender las principales tendencias que moldean nuestros tiempos:

Antes se refería a los países del mundo socialista; hoy uso la expresión para referirme a aquellos países de Europa oriental y Asia central, América Latina, Oriente Próximo y el Sudeste asiático que son ricos y pobres, desarrollados y subdesarrollados, posmodernos y premodernos, cosmopolitas y tribales, todo al mismo tiempo.

Los países del Segundo Mundo se definen por un doble criterio: desde el punto de vista económico, entran en su mayoría en la gama del PIB per cápita de los 3.000-6.000 dólares, pero geopolíticamente se definen como «Estados oscilantes» [*swing states*], cuyo peso se dejará sentir cuando se alineen con uno u otro de los imperios del Primer Mundo, decidiendo así el equilibrio de poder entre ellos. Khanna narra, con prosa atroz, un viaje por todo el planeta a través de cuarenta de estos países intermedios. En apariencia, habló durante su gira con incontables habitantes locales, pero todos acababan diciendo algo de este estilo: «Los extranjeros, otros árabes e incluso nosotros los egipcios nos perdemos aquí en El Cairo», sentencia un vendedor de té de la ciudad vieja de El Cairo». El libro está lleno de «sentencias» de este tipo. De vez en cuando, la monotonía del turismo serio se interrumpe con florituras propias de la revista de ocio *Time Out*:

Beirut no tiene hoy rival como ciudad más avanzada del mundo árabe; combina la elegancia de Estambul con la sordidez de Tánger y, sin embargo, sigue pro-

metiendo hacer honor al significado original del Levante como lugar donde personas de todas las religiones se unen y florecen en próspera convivencia.

El viaje empieza en Rusia, el supremo Estado oscilante, gobernado mediante un nexo entre Gazprom y el Kremlin. Khanna alberga pocas esperanzas para este país en otro tiempo grande que ahora se encamina directo hacia la decadencia. El encarecimiento del petróleo ha fomentado los espasmos nacionalistas y un viraje mortal hacia la alianza con China, cuyas pululantes multitudes están destinadas a colonizar las vastas estepas siberianas. La participación de Rusia en la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) –una alianza de seguridad conjunta dirigida contra los secesionistas y los terroristas de Asia central, pero que todavía existe sólo sobre el papel–, de la que supuestamente China es el centro, no es sino un preludio para la subyugación más directa. Sólo una alianza con Occidente –que avanza incesante sobre sus otros flancos expuestos– puede salvarla de caer bajo este pesado yugo. En el Gran Juego que se está desarrollando en las «áreas circundantes» del viejo imperio soviético, Rusia sólo está avanzando a tientas antes de su inevitable jaque mate o, por mezclar todavía más las metáforas: «Cada pocos años se habla de un nuevo telón de acero, pero Europa siempre lo echa abajo con su guante de terciopelo».

Para Khanna es la UE, con sus criterios transparentes para ordenar los países de acuerdo con su conducta, la que desempeña la función de potencia civilizadora, no Estados Unidos, con su tendencia a tomar partido. Por supuesto, podría decirse que es de hecho Washington el que decide quién pertenece a Europa, estableciendo las condiciones para pertenecer a la OTAN. Mediante este criterio conjunto, la Ucrania oligárquica puede ahora aspirar a una condición europea honoraria, porque, aun siendo demasiado grande y demasiado pobre para pertenecer de hecho a la UE, al menos se ha separado de Rusia y, por lo tanto, puede esperar una inminente introducción en el orden atlántico. Pero incluso con este método más flexible puede a veces ser difícil determinar quiénes son los verdaderos europeos. Rumanía y Bulgaria están técnicamente «en Europa, pero en realidad forman parte del Tercer Mundo» (aunque en renta per cápita ninguno de ellos se aleja mucho de la China del Primer Mundo). Albania se ha metamorfoseado, pasando de área atrasada y estalinista a «avatar de la modernidad europea». Lo mismo en cuanto a Turquía, que sigue siendo «el mejor ejemplo de que la modernidad y el islam no sólo pueden coexistir sino también prosperar». Aunque (de nuevo) demasiado grande y pobre para convertirse en parte de Europa, también ese país puede esperar alcanzar una categoría honoraria o semieuropea, prometedoramente mejor que la disfrutada por su predecesor otomano.

Cuando pasa a describir la parte caucásica de su viaje, Khanna deja a un lado las paños calientes de la cortesía europea y se ciñe a los datos geopolíticos concretos. En este caso, las máximas de la política de poder operan con fuerza inadulterada: «Asegurar las nuevas arterias occidentales del

petróleo procedente del mar Caspio y Asia central exige prácticamente colonizar las por lo demás incorregibles microrrepúblicas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán». Esto seguido de una observación que recuerda vagamente a una antigua descripción del Congo: «en el Cáucaso es donde empieza el no Occidente». Pero para Khanna, incluso en las zonas fronterizas de la acumulación primitiva, Occidentes es, relativamente hablando, un protector benévolo. Porque si se impone con suficiente fuerza en este corredor desolado, al menos unas cuantas regiones selectas podrían elevarse de esos telones de fondo circundantes de absoluta miseria económica. Por otra parte, si los gobernantes del Cáucaso no aceptan las generosas condiciones ofrecidas por los agentes locales de Occidente, incluso estos enclaves extraterritoriales se verán arrastrados por el próximo diluvio chino.

A pesar de su antiguo cristianismo y su reciente Revolución Rosa, Georgia, sin petróleo ni gas propios, nunca formará parte de Europa, mientras que el petro-Estado turco de Azerbaiyán, epicentro de un oleoducto regional que elude a Irán y a Rusia, «ya forma parte de Europa». Es difícil determinar si Khanna considera a Rusia una potencia geopolítica independiente en el Cáucaso o, más caprichosamente, un agente de la OCS dominado por China. En cualquier caso, este marco de tres mundos no se presta fácilmente a explicar colisiones entre el Occidente imperial y los diversos aspirantes a potencias hegemónicas regionales del Segundo Mundo. Pero los problemas de clasificación nunca impiden al autor alcanzar conclusiones predeterminadas siempre que las fuentes de petróleo y gas para Occidente están en juego. Occidente debe intervenir activamente en Abjasia, Osetia del Sur y Nagorno-Karabaj, «para poner fin a la interferencia rusa e iraní».

La siguiente fase del viaje nos lleva a Asia central, las tierras de la Ruta de la Seda, que se extienden desde el Caspio hasta la estepa mongola y «desde Siberia al mar de Arabia». Todos los países de esta región excepto uno –los *stans*, como se los conoce en los círculos de Khanna– son miembros de la OCS y, por lo tanto, posibles vasallos de China, aunque algunos albergan simultáneamente bases estadounidenses. Para Khanna, es aquí donde se decidirá el enfrentamiento entre Occidente y los chinos por el dominio del continente asiático, «el eje geográfico de la historia». La joya de la corona en Asia central es Kazajstán, una presa de proporciones cercanas a las de Arabia Saudí, cuyos activos energéticos se calculan cercanos a los 9 billones de dólares. Presidiendo esta mina de oro del Caspio, el ilustrado Nursultan Nazarbayev ha dirigido su país a las orillas de la paz y la prosperidad siguiendo una cortés filosofía de puertas abiertas: «la felicidad está compuesta por múltiples oleoductos». A Khanna le resultaría difícil encontrar mejor modelo para los países del Segundo Mundo: «Kazajstán tiene la oportunidad de la autorrealización con la que muchos países del Segundo Mundo sólo pueden soñar, y su estabilidad social y política son la mejor apuesta del país». Habiendo optado sabiamente por eliminar su arsenal nuclear soviético y mantener relaciones amistosas con

todas las potencias extranjeras, el acomodaticio Kazajstán es un modelo de lo que Rusia podría ser si abandonase sus insostenibles delirios geopolíticos y aceptase su degradación al Segundo Mundo.

Las estancadas autocracias de Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán, con poco que ofrecer en lo que a petróleo y gas se refiere, apenas merecen mención y seguirán siendo clientes poco fiables tanto de Oriente como de Occidente. Sin duda, el éxito es la ideología dominante en el mundo y desde este punto de vista, exceptuando unos cuantos barrios elegantes de Astana, casi toda la región queda relegada a la categoría de «basuristán». Khanna incluye Afganistán y Pakistán en este montón de casos perdidos. Nos guste o no, Afganistán está a punto de escapar de las manos de un Occidente agotado, mientras que Pakistán, oportunista y cada vez menos fiable como aliado, podría haber también que cederlo. Pero aunque el fracaso estatal en los países centroasiáticos es un semillero de islamistas, observa, no son ellos sino los chinos, por supuesto, los ahora destinados a llenar el consiguiente vacío de poder.

Dejando atrás un momento los enfrentamientos imperiales del Viejo Mundo, el autor efectúa una gira relajante por América Latina. Seguro en su bailía hemisférica, Estados Unidos toma desde hace tiempo esta región como algo dado. En estos capítulos, Khanna reflexiona sobre el historial del imperialismo estadounidense con ocasionales gestos de imparcialidad hacia las ideas de la izquierda, llegando incluso a atribuir buena parte del atraso de la región al «desarrollo del subdesarrollo»; después de todo, uno de los principales objetivos del libro es desengañar a los políticos estadounidenses de sus delirios sobre el Destino Manifiesto. Pero ni que decir tiene que cualquier intento real de enfrentarse al poder estadounidense se condena tajantemente. Khanna se dispone a separar a los ganadores de los perdedores en la gran saga de la globalización, al tiempo que alerta periódicamente al lector de la amenaza planteada por los regalos concedidos por los chinos a los latinos.

No obstante, sólo en esta región Khanna prevé el ascenso de un Segundo Mundo independiente, en contraste con el Viejo Mundo, donde los países de segunda fila pueden aspirar a inclinar la balanza entre imperios. ¿Quién será el líder de este bloque emergente? El TLCAN ha vinculado a México demasiado estrechamente con Estados Unidos, y, en todo caso, su economía se hunde bajo la competencia china. Por supuesto, la Venezuela bolivariana, con su objetivo explícito de organizar dicha alianza, queda descartada. Las terribles descripciones que Khanna hace de Caracas, plagada de miseria y descontento, adoptan una cualidad involuntariamente cómica cuando intenta explicar por qué Chávez ha sido repetidamente reelegido:

Encantador e irresponsable, Chávez manipuló a estas masas pobres que no exigen responsabilidad ni en el gobierno ni por los ingresos petrolíferos, porque no se dan cuenta de que, en último término, el Estado y sus recursos les pertenecen.

Llega a explicar que, «al contrario que Kazajstán, donde los derechos de propiedad se han extendido ampliamente y la riqueza petrolífera se ha utilizado para fomentar la empresa privada», Venezuela ha despilfarrado el dinero que obtiene del petróleo en cheques de asistencia social para los pobres y los ignorantes. En lo que podría aspirar al premio por la analogía histórica más analfabeta del año, concluye este capítulo sugiriendo que Venezuela recuerda ahora a Irán antes del derrocamiento del sha: «riqueza petrolífera, desigualdad y privación del derecho a voto, una clásica situación prerrevolucionaria».

Huyendo de este agujero del infierno, Khanna llega a Colombia, cuyo valiente líder le inspira la declaración exagerada y errónea de que la reelección de 2006 convirtió a Uribe en el único líder andino en conseguir un segundo mandato desde tiempos de Bolívar. El extremo caos provocado por los escuadrones de la muerte respaldados por los terratenientes y por la defoliación aérea de los campos de coca por parte de Estados Unidos se resume en la oportuna conclusión de que aquí «la construcción del Estado y la victoria en la guerra contra el narcotráfico van de la mano». Al menos, las calles son más seguras en Bogotá que en Caracas, aunque quizá no para periodistas ni organizadores sindicales. Haciéndose eco de la opinión colectiva de las autoridades occidentales, Khanna nombra líder regional latinoamericano al neoliberal Brasil en lugar de la Venezuela bolivariana. Con sus políticas macroeconómicas responsables, puede actuar de líder creíble en la lucha contra el proteccionismo occidental. El número de escándalos por corrupción en los que se han visto envueltos los miembros del Partido de los Trabajadores es, sin duda, causa de preocupación general, llevando a muchos de los brasileños con los que él ha hablado a bromear: «Chávez lo ha aprendido todo de Lula». *The Second World* está lleno de este tipo de humor. No siendo alguien dispuesto a desmarcarse de los custodios de los intereses financieros occidentales, Khanna tacha a los argentinos de personas arrogantes y decadentes que, con su decisión de no pagar la deuda, han renunciado al derecho de ser tomados en serio. Chile es, por supuesto, el modelo económico del continente, aunque el hecho de que su PIB per cápita sea aproximadamente el mismo que el argentino pasa desapercibido.

Tras esta breve gira por el hemisferio occidental, el viaje retorna al corazón de la geopolítica en el Viejo Mundo. Así, Oriente Próximo es en la actualidad escenario de un enfrentamiento épico entre el nuevo arabismo del turismo de lujo y centros comerciales de talla mundial, por una parte, y el fundamentalismo islámico, por otra. Aunque los regímenes de la región viven con miedo a una disolución al estilo argelino, Khanna predice que, a medida que penetren las mareas de la globalización, las diferentes formas de islamismo deberán aprender a nadar si no quieren hundirse. En la periferia de la península Arábiga que bordea el Golfo, las armas estadounidenses permiten a Qatar, Kuwait, EAU y Bahrein experimentar con un despreocupado capitalismo desterritorializado, protegiendo a sus dinastías y a sus tribus locales de la amenaza tanto de Arabia Saudí como de Irán. Abu

Dhabi y Dubai son las capitales de un renacimiento árabe comparable a las glorias de los abasíes, aunque quizá también sea cierto que son doradas y frágiles distopías basadas en un régimen de segregación de los trabajadores asiáticos superexplotados. Con su buena vista para el éxito, Khanna casi no tiene más que elogios para el globalizado reino saudí, que se rige por la sabia máxima de que «la modernidad es una fase, mientras que la fe es eterna». A los regidores de esta tierra, no hace tanto declarados moribundos, no se les aplica la máxima de que deben adaptarse o fenecer. Khanna tiene poca paciencia con el «infantil trato silencioso» que Estados Unidos da a Irán, y aconseja a Occidente que acepte el inevitable, aunque incómodo, programa nuclear de esta república islámica, porque, al final, la globalización acabará con este régimen.

Fuera de la zona petrolífera, Khanna parece dispuesto a descartar o menospreciar a muchos de los gobernantes de la región. Egipto es una bomba de relojería desde el punto de vista social, destinada a explotar. Israel, un país fundado sobre el terrorismo y ahora constantemente amenazado y provocado por él, sencillamente morirá si no se adapta. Siria resulta ser «más parecido a Uzbekistán que a una cámara de libertad». La vida nocturna de Beirut parece el único punto luminoso de Levante; el enfrentamiento interno e internacional que allí se despliega parece haber escapado a su atención. La visión del mundo ofrecida por Khanna tal vez se haya endurecido por lo que vio siendo asesor de las Fuerzas de Operaciones Especiales de Estados Unidos en Iraq. La decepción que le han causado los ocupantes da lugar a una altiva conclusión: «Estados Unidos abdicó de su responsabilidad ética de entender el país que ocupaba, tanto por su bien como por el de los ocupados». Pero la carnicería y el caos que estos torpes liberadores han dejado tras sí no provocan remordimientos, porque, después de todo, Iraq probablemente nunca debería haber existido: «La solución definitiva de la cuestión otomana oriental no se completará hasta la muerte de Iraq, algo que resuelve también la cuestión de los kurdos». A pesar de no conseguir conocer a la población, Estados Unidos desempeñó la tarea histórica mundial de liquidar esta entidad artificial, claramente en otro tiempo sede de movimientos nacionalistas y de izquierdas. Sólo cabe esperar que Khanna se equivoque respecto a esta «cuestión otomana oriental» y que la población de esta tierra ocupada y esclavizada consiga mandar disparado por helicóptero el último subestudio internacional.

La gira mundial de Khanna se aproxima ahora a su conclusión con el reconocimiento de lo que a él le parece el enorme y emergente sistema mundial chino-pacífico. Se está desplegando una gran reversión geopolítica, puesto que el viejo sistema de alianzas centrado en Estados Unidos, basado en controlar los remotos territorios euroasiáticos desde puestos de avanzadilla situados en la costa del Pacífico –Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Australia–, está volviendo lentamente a un patrón antiguo por el cual las polis de esta franja pacífica pagan tributo al centro imperial chino. La India nuclear, la democracia del pobre, lugar de miseria rural y brillante tecnología de la información, ex paladín de la no alineación

ción, se despacha en dos páginas como país que puede optar por la alianza estratégica con Estados Unidos o convertirse en subsistema de la nueva esfera de coprosperidad centrada en China. (Otras dos páginas se dedican al África subsahariana o, mejor dicho, a las intrusiones de los nuevos colonialistas chinos en Zimbabue y Sudán.) El irritable Mahathir malasio es elogiado como precursor y líder del Segundo Mundo, en términos de igualdad con el Dr. Lee de Singapur, también otro gran modernizador musulmán. De la enorme Indonesia se dice increíblemente que se tambalea ante la llegada de una enorme amenaza islámica, una fuerza menospreciada en otros lados, por considerarla políticamente carente de importancia. Paria infestado de sida, Birmania es el paradigma del Estado cliente de China. Tampoco Tailandia ofrece resistencia a los chinos, porque desde hace tiempo se ha visto racialmente infiltrada por la etnia han. Las disputas entre China y Vietnam por las islas de Spratly y Paracel se agudizarán, pero probablemente no lleguen a las manos. Tras un cuarto de siglo de crecimiento explosivo, China está recuperando inexorablemente su posición como centro natural del *Grossraum* pacífico: ¿qué puede hacer Estados Unidos para contener esa fuerza de la naturaleza, se pregunta Khanna, sin desatar otro Pearl Harbor?

A pesar de que Khanna afirma hablar con fluidez hindi, francés, español y alemán, la bibliografía de *The Second World* está compuesta, con una sola excepción, por libros y artículos en inglés. Con algunas concesiones a los clásicos, su gama intelectual se mantiene en general en el reducido espectro de la bibliografía de estudios políticos estadounidenses. Quizá indicativo de los horizontes culturales del estrato cosmopolita que anida en las escuelas internacionales y en las sinecuras políticas actuales (cruelmente denominadas «eurobasura» por los estadounidenses), el estilo prosístico de Khanna es una interminable corriente de clichés, estereotipos nacionales, banalidades de *power-point* y anécdotas sin vida. Fruto del viaje del autor por cuarenta países, *The Second World* es un monumento a la futilidad de viajar.

Si la tesis de la obra no está perfectamente clara, su clasificación de los países en tres mundos es incoherente. Desde el punto de vista geopolítico, el Primer Mundo abarca a China, aunque, económicamente, ésta «se encuentra ya en el Segundo Mundo, pero subiendo desde el Tercero». De acuerdo con la definición de Khanna, tanto Japón, perteneciente desde el punto de vista económico al Primer Mundo, como Rusia, al Segundo Mundo, e India, claramente perteneciente al viejo Tercer Mundo, pertenecen al Segundo Mundo. Como se podría imaginar, esto permite ciertas libertades de clasificación. Los deslices implicados sólo se ocultan apenas por la ausencia casi completa de estadísticas de PIB, tasas de crecimiento o población. De hecho, los cálculos del tamaño de la economía china varían ampliamente: la afirmación de que es la segunda economía del mundo se basa en medidas recientemente introducidas de paridad de poder adquisitivo, y puede contrarrestarse mediante otras estadísticas que demuestran que tiene un PIB poco mayor que el de Francia. El abismo

entre estos métodos ha provocado, y refleja, una enorme incertidumbre sobre las futuras perspectivas tanto de la economía mundial como de la futura distribución del poder político mundial. En una obra en apariencia geopolítica, el autor no proporciona cálculo alguno de las capacidades militares de los Estados, ni de la proliferación del tipo de armas que limitan las opciones de intervención occidentales, entre otras cosas. Toda la odisea a través del Segundo Mundo se despliega a modo de sucesión de impresiones de personas, las cuales hablan el lenguaje universal de los tópicos de manual; y lo aplicable a la microescala también se puede decir de la macroescala, porque «los países también son personas».

¿Está Estados Unidos a la altura de los retos que le esperan? En los últimos capítulos, el autor desata un torrente de caricaturas antiestadounidenses para alegrar el corazón de todos los cosmopolitas: todoterrenos, falta de atención médica, obesidad, armas, la Ley Patriótica y precisamente el tipo de analfabetismo cultural previsto por Tocqueville y Nietzsche. La enorme vulgaridad de los estadounidenses probablemente los haga inadecuados para la tarea de impedir que las ruedas de la historia avancen con demasiada rapidez hacia el este. Pero, ¿quién más podría compartir la carga? Atraer al Segundo Mundo será la clave y, para hacerlo, Estados Unidos debe invertir en «diplomacia transformadora» como la que empleará toda una nueva generación de graduados en las escuelas internacionales.